

3ª SESIÓN - A: EL SERMÓN DE LA MONTAÑA (MT 5-7)

DICHOSOS DE NUESTRO MUNDO. PERSONAS QUE ENCARNAN ALGUNA BIENAVENTURANZA (MT 5,1-12)



DICHOSOS DE NUESTRO MUNDO – PERSONAS QUE ENCARNAN ALGUNA BIENAVENTURANZA (MT 5,1-12)

1. LOS POBRES DE ESPÍRITU

Me llamo Thor y vivo en Oslo, Noruega. Mis padres no se querían, o eso dijeron, y se fueron cada uno por su lado; yo tendría entonces trece o catorce años. Me quedé bajo la custodia de mi abuela. Al principio lloré mucho porque echaba de menos a mis

¹ TERESA IRIBARNEGARAY, *En el centro Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (Col. "Pastoral" 107) Santander, Sal Terrae, 2019, p. 169-180.

padres y no entendía el que se hubieran ido. Mi abuela me daba de comer y todo lo que necesitaba y, al principio, a mí no me bastaba.

No sé cuándo, poco a poco, empecé a alegrarme de cosas que pasaban en el día, cosas que me llenaban el corazón y notaba por dentro que podía elegir: o la pena que llevaba todo el rato por mis padres, o abrirme a esas alegrías pequeñas que eran solo para un rato, pero que eran intensas y me alegraban de verdad. Por ejemplo, estar en clase y pensar en que íbamos a salir al recreo era una de esas alegrías. Al alegrarme de lo pequeño sentía que la pena se desplazaba, o mejor, que la integraba como parte de mi vida y, entonces, ya no me hacía daño.

Esto me ha pasado muchísimas veces en que las cosas no sucedían como yo quería, hasta el punto de que he dejado de querer cosas o proyectos míos porque he ido descubriendo que, si me abro a lo que sí se da, si me abro a lo que viene: una persona que surge en mi vida sin yo buscarla, algo que hacer esta tarde que no había previsto, o cualquier otra cosa..., recibo ahí algo mucho más grande que todo lo que yo hubiera podido imaginar.

Ahora ya he aprendido que se trata de danzar con Dios, porque, en estas cosas inesperadas se me da el mismo Dios, y cuando consiento, mi corazón se alegra porque ha recibido un tesoro, mientras que cuando me empeñaba en lo mío, casi nunca lo lograba y nunca era como había imaginado...

Ahora agradezco mucho a Dios por haberme ido despojando de lo que yo pensaba y quería porque se ha valido de eso para hacerme ligero, y libre, pobre... y dichoso. Dichoso porque por el camino he aprendido a no desear sino lo que Dios me da, a encontrar a Dios en lo que me da, y eso me hace sentir pleno en mi pobreza.

2. LOS HUMILDES

María de Nazaret conoció quién era en su relación con Dios. Ella veía que Dios le hacía regalos inmensos -su bondad, su alegría, su fe mucho más viva que la de sus amigas, que la de sus padres- y estaba segura de que no era porque ella hubiera hecho algo, sino, precisamente, porque ella no era sino escucha atenta, acogida, servicio después. Justamente el exceso de los dones de Dios en ella fue lo que la hizo consciente de su pequeñez. Ella no podía recibir

algo tan grande más que si seguía siendo pequeña, pequeña, pequeña, tal como era. Porque solo siendo pequeña podía permanecer acogiendo el don de Dios. No le era difícil ser pequeña, esa es la verdad. Aunque sí había momentos en que le venía la tentación de apropiarse de algunos de esos dones como si fueran suyos; de adornarse con ellos para aparecer así, como agraciada... pero había algo -algo de Dios, sin duda- que hacía que, en el fondo, no lo deseara. Que no deseara, en el fondo, aparecer ella misma como agraciada, pues ¿quién se iba a creer que esos dones eran suyos? ¿Es que lucirían más si los llamaba propios que si se dejaba vestir, enseñar, iluminar, adornar por el mismo Dios, como siempre hacía? Así que aquellas tentaciones duraban poco. Se las llevaba un viento que no volvía ya, mientras María volvía a su vida, a esa vida apasionante de consentir a Dios, a su hacer o a su callar, a su amor, que se iba haciendo más intenso, más cercano, más... ¿Cómo desear algo desde sí misma, la que en Dios lo tenía todo?

3. LOS QUE ESTÁN TRISTES

Nosotros somos muchos. Nos hemos encontrado por muchos caminos misteriosos, y nos hemos confesado la tristeza de nuestro corazón, la tristeza de nuestra vida. Está Lúa, que arrastra la tristeza de no haber hecho otra cosa que trabajar; está Iván, que ha visto morir y ha enterrado a todos sus seres queridos en un terremoto; está Crescencia, que empezó con una depresión a los 43 y ha enlazado una detrás de otra; Vilma, que llora por nuestro mundo roto; Ron, un niño que perdió a sus padres y se perdió a sí mismo en una guerra; y Jarek, que no veía amor en su vida, por más que lo intentara.

Estos pocos te dirán de todos los demás; de nuestros dolores, tan variados, pero con una nota en común: la tristeza de nuestro espíritu, tan honda que a veces nos impedía hablar, o caminar. Y otra nota común, la que nos une, la que nos ha devuelto a la vida: todos nosotros, con nuestros dolores, con nuestra tristeza, con nuestras lágrimas infinitas, hemos experimentado el consuelo de Dios en medio de la tristeza que lo llenaba todo, que no nos dejaba ni respirar. Y es que hay que estar ahí al fondo para suplicarle a Dios. No sabemos por qué, pero todos -y somos muchos- estamos de acuerdo en que es así. Cuando todavía tienes un resquicio de... algo, un poco de respiro, un poco de alegría, fuerzas (aunque sean pocas),

tiras adelante con eso que tienes. Y cuando ya no puedes más, cuando la tristeza se parece a la muerte, entonces, una de dos: o te dejas morir o gritas a Dios. Y Dios viene, siempre viene. Viene cuando te estabas dejando morir, aunque no lo hubieras llamado; y viene cuando lo llamas, cuando ya no puedes soportar más tristeza, más amargura, más angustia, más dolor. Viene. Viene y, casi sin que te des cuenta, empieza a mitigarse la tristeza, empieza a suavizarse la amargura, cede la angustia. Al principio no lo notas, o no lo crees. No lo notas, porque era tan grande tu peso que ese poco no parece alivio. O no lo crees: estás un poco mejor, sí, pero pasará la mejoría y volverá esa pena que te ahoga. A veces, aunque no es lo más común, la tristeza se disipa del corazón y vuelve la calma, y después la alegría. Normalmente, Dios se acerca a nosotros, heridos, poco a poco, sin querer invadir, y su brisa suave se lleva ese sabor a muerte que tenían nuestras vidas. Al principio, no te atreves a reconocer que la tristeza ya no es lo de antes, que ya no pesa tanto, que hay veces que te olvidas de ella y te descubres haciendo planes, o riendo, con esperanza. Para otros, la pena que te atenazaba no se va nunca, no se va ya, pero ya no toca el fondo: una cosa es la depresión, o el peso que tenías, y otra el fondo, el espíritu, que no queda dominado por aquella. Del modo que sea, no puedes dudar que un día Dios vino con su luz e iluminó la tierra de sombras en que vivías. Y desde entonces todos estamos de acuerdo en ello- tu alegría es no que estés alegre, sino que Dios vino a visitarte y se quedó contigo.

4. LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Mariusz no comenzó su vida con hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, sino solo la propia. Cuando pedía perdón a su madre por desobedecerla, le decía que él no quería desobedecer... pero tenía algo dentro, tan fuerte, que le parecía que se iba a morir si no se hacía lo que él quería. Cuando deseaba algo era con tanta ansia que hubiera sido capaz de matar por lograr lo que quería. Luego, cuando lo tenía, se sentía tranquilo y satisfecho por un tiempo. Pero después la bestia -así empezó a llamarla, por la fuerza con que lo dominaba- volvía a tener hambre y sed y le reclamaba que la sirviera, y él era incapaz de resistirse y no paraba ni veía

otra cosa hasta lograrlo. Entonces, la Bestia se quedaba tranquila por un tiempo, Mariusz descansaba, y así hasta la siguiente.

Hasta que un día Mariusz asesinó a un hombre. Él no quería, gritaba llorando cuando lo prendieron, cuando lo llevaron al tribunal, cuando durmió por primera vez en la cárcel. Aquella noche, y todas las demás, le gritó a Dios que se llevara su vida si no podía hacer con ella algo que sirviera a Dios. Parecía que la Bestia se reía de él, y así era: a la primera ocasión le hizo pelearse con varios presos a la vez, y acabó en la enfermería. Allí siguió suplicando a Dios, ya no que acabara con su vida, sino que hiciera algo bueno con ella, tan bueno como malo había sido lo malo. Pidió al supervisor de la cárcel que lo atara de pies y manos, decidido a matar de hambre y de sed a la Bestia. El supervisor le hizo caso, y aún recuerdan sus gritos intentando soltarse la camisa de fuerza que le sujetaba. Pero lo logró. A punto estuvo de morir él, pero no murió. Vivió para hacer visible que allí donde antes había dominado su ira y su orgullo, ahora habitaba Dios ocupando el centro de su vida.

A partir de entonces, su hambre y su sed pasaron a ser el hambre y la sed que Dios tiene de saciar nuestra hambre y calmar nuestra sed. Mariusz, ya no era esclavo sino libre. El hambre y la sed que ahora le acuciaban eran los de sus hermanos, y por mucha hambre y sed que tuviera de llegarse a ellos no lo hizo nunca más movido por sí mismo, cosa que despertaba a la ira y al orgullo, sino que esperaba el impulso de Dios para ir a ellos.

Mariusz descubrió que su hambre y sed, ahora de colmar el hambre y la sed de sus hermanos, habían sido puestas por el mismo Dios. Ahora ya no se dejaba dominar por otras voces, incluso si lo orientaban a favor de sus hermanos, sino que vivía a la escucha de Dios para que su hambre y su sed fueran los suyos. Mariusz, que había vivido buscando saciar su hambre y su sed y había terminado esclavo de ellas, conoció por fin lo que tanto había anhelado: ser saciado por Dios, el único que puede colmarnos

5. LOS MISERICORDIOSOS

Cari era una niña que no llamaba la atención por ser bonita, chistosa, habilidosa o responsable... Algo sí tenía: era una chica servicial. Acompañaba al compañero que andaba más despacio, le

llevaba la tarea al que no había venido, cuidaba de sus hermanos pequeños... Hasta que empezaron a llamarle «La buena». Con el tiempo, Cari se fue dando cuenta de que aquella bondad no era tal porque siempre esperaba que le dieran las gracias por cada favor que hacía, y ¡cómo se enfadaba si no era así! También se dio cuenta de que se sentía mejor que los demás: mejor que sus hermanas mayores y hasta que su madre, que no siempre valoraba lo que ella hacía. Así que no era tan buena como pensaba. Entonces fue a hablar con un fraile que decían que sabía ayudar a las personas, Este la miró y le dijo: «Ama más, y se te irán todas las tonterías». Ella no sabía qué era amar más, y no se atrevió a preguntarle. Se lo preguntó mucho ella misma, eso sí. Vio que amar más era amar a las personas a las que ayudaba, y que cuando eso sucedía, en su corazón brotaba la compasión, y su ayuda venía de otro lugar... y probó a seguir amando, cada vez a más personas, incluso en situaciones más difíciles que antes no se atrevía a mirar siquiera.

Un día conoció a unas monjas dedicadas a ayudar a los demás y vio que vivían alegres. Su alegría diferente de la que da que te agradezcan algo. Sintió que su alegría venía de otra fuente, de la misma fuente que la compasión, y quiso seguir a su lado. Se dio cuenta de que conocer a estas hermanas había sido un gesto de la misericordia de Dios con ella y que esas hermanas tenían mucha más misericordia que ella y la tuvieron con ella también. Cari supo qué era sentir misericordia, y eso la hizo más misericordiosa, hasta que un día se dio cuenta de que había dejado atrás sus tonterías, como le había dicho el fraile.

Ahora gastaba su vida en amar con un amor que se compadecía hasta lo profundo de los dolores de tantas y tantos que conoció, que amó, que sirvió cada día lo mejor que supo y pudo. Y un día, el último de su vida, conoció en su propia carne cómo es la misericordia de Dios...

6. LOS QUE TIENEN UN CORAZÓN LIMPIO

Luisinho es un hombre de 58 años al que se le nota la bondad en los ojos. Una bondad llena de inocencia, como la que vemos en los ojos de los niños. Y no te la explicas, porque le ha pasado de todo. Lo mandaron sus padres a trabajar a la ciudad con seis años, porque no podían mantener a los hijos y en la ciudad tenían un tío que les iba a buscar algo. Luego no fue así, sino que Luisinho tuvo

que buscarse la vida: hacer recados cuando se podía, limpiar zapatos cuando se hizo un poco mayor, y todo en medio de mucha soledad y miseria. Y así siguió la vida, porque no lo ha tenido fácil después: siguió, y sigue, limpiando zapatos, pero cada vez hay menos gente que quiera que le lustren. Y en medio ha repartido periódicos, tuvo una camioneta de un amigo un tiempo, pero aquello falló... Tampoco ha tenido niños, como le hubiera gustado, porque la mujer a la que quiso murió joven y él te dice, como disculpándose: «Uno es hombre de una sola mujer». Le tenías que oír hablar de Dios. Oír no le oírás, que no sabe qué decir. Pero cuando te cuenta cosas de pequeño, o cuando te habla, mientras saca brillo a los zapatos, de cuando empezó con el negocio... no se le va Dios de los labios, porque en todo lo ve, y se alegra: «En aquella ocasión que salió cuando ya no teníamos qué comer»; «En ese curro que no salió y menos mal, porque hubiéramos acabado en una banda»; «Si no es por Dios, ya le digo que yo no estaría aquí, y contento de todo lo que he vivido»; «Contento de la mujer que amé, y de los hijos que no he tenido, porque, mire usted, aunque me pena, sé que Dios me tiene muchos hijos preparados para jugar con ellos en el cielo». Una vida preciosa, si lo puedes ver. Un lugar donde encontrar a Dios, cuando tu mirada es tan transparente que te deja ver a Dios en ella.

7. LOS QUE CONSTRUYEN LA PAZ

Dag Hammarskjöld fue un político sueco que entregó su vida a favor de la paz. Murió en misión de paz como Secretario General de la ONU cuando volaba al Congo por la guerra de Katanga. No se sabe si fue un accidente o un atentado, pero es su vida la que lo avala como constructor de la paz. Hammarskjöld fue un político que quiso servir a su país. Un hombre entregado a los grandes valores que le movían. Un hombre que tuvo como verdadera riqueza el servir altruístamente a su país y a la humanidad. Pero su mayor riqueza fue su fe cristiana. Mientras que su vida pública y política nos hablan de un hombre reconocido y relevante, sus diarios nos hablan en una mística que irrigaba su vida desde el interior: olvido de sí y entrega a los demás, que tradujo en un «sí» a Dios a través de los hombres, sus hermanos, en un amor hecho servicio que se mantuvo hasta el final. Escribe:

«La explicación de cómo vivir una vida de servicio social activo, en armonía total consigo mismo como miembro de una comunidad del espíritu, la encontré en los escritos de los grandes místicos españoles para quienes la “autorendición” había sido el camino para la “autorrealización”, y quienes habían encontrado la fuerza para decir “sí” a todas las demandas a las que las necesidades de sus prójimos los habían enfrentado, y decir “sí” también a todo destino que la vida tenía preparado para ellos en el seguimiento de su llamada.

El amor, esa palabra tan frecuentemente mal utilizada y mal interpretada, significaba para ellos simplemente el fluir por la fuerza de la cual se sentían llenos en plenitud, cuando se olvidaban de sí. Creo que sus descubrimientos sobre las leyes de la vida interior y sobre la acción no han perdido su significado».

¿Reconoces la dicha que supone una vida así? ¿Reconoces que la dicha procede de ese manantial profundo que él llama amor?

8. LOS PERSEGUIDOS POR HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Felím, Irlanda, 35 años. Hace ya muchos años que llevo en mi corazón el dolor de tantos hombres y mujeres que entregan su vida por la fe. «La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos», solemos decir. Yo sé que en mi caso es así. Escuché un día la historia de un cristiano libio, Tawadros Youssef. Su nombre, Youssef, lo hacía fácilmente reconocible como cristiano, y muchas veces le habían aconsejado que se cambiara de nombre para evitar represalias. Él se negó: «Quien se cambia de nombre», decía, «acaba cambiándose de fe». Era un hombre como muchos otros: un buen padre, un buen trabajador, un hombre comprometido con los demás.

El momento culminante de la vida de Youssef llegó cuando tuvo que viajar a Libia con otros compañeros coptos ortodoxos, y fueron detenidos por militantes del Estado Islámico. Youssef fue uno de los 21 hombres que murieron en una playa de Libia por no convertirse al islam. Sus últimas fueron: Ya Rabbi Yasou («¡Oh, mi Señor Jesús!»). Los terroristas filmaron su asesinato y lo difundieron en un vídeo que yo vi... porque el Señor Jesús así lo quiso. Ese vídeo,

y después el testimonio de Ingry -la hija de Youssef-, me han ido uniendo a su martirio y a su fe. Estas palabras: «¡Oh, mi Señor Jesús!» me acompañan desde entonces. Yo también soy cristiano, solo que yo lo era demasiado exteriormente. La fe de Youssef, que lo llevó a entregar la vida antes que renegar de Jesús ha ido dando fuerza a la mía.

No vivo en un lugar donde hoy te vayan a detener por ser cristiano, pero sí donde te ven como anacrónico, irrelevante y motivo de risa, si vives y confiesas tu fe. Vivo en un lugar donde muchos de los que dicen tener fe no viven de ella, sino que la critican con inconsciencia, con frivolidad... ¿Qué harían si un día estuvieran en la situación de Youssef?

Aliento mi fe con la llama de la fe de Youssef y la de tantos y tantas en otros lugares del mundo. Rezo por ellos. Aquellas palabras: «¡Oh, mi Señor Jesús!» alimentan e impulsan día a día impulsa mi fe, que crece en estos pequeños martirios cotidianos. No tengo motivos para temer una persecución como la que se da en otros países y, sin embargo, el ejemplo de estos cristianos está haciendo que mi fe crezca y se haga capaz de lo que venga... También de una persecución, si Jesús lo permitiera.

9. CUANDO OS INJURIEN Y OS PERSIGAN, Y DIGAN CONTRA VOSOTROS TODA CLASE DE CALUMNIAS POR CAUSA MÍA

Trabajaba en el campo un domingo, un día de calor abrasador en mi país, Pakistán. Me acerqué al pozo a beber agua y empleé el mismo vaso que solían emplear las mujeres musulmanas. Pasé el vaso a otra compañera, que empezó a gritar que ya no podía usarse el vaso porque yo había hecho impura el agua.

Muchas veces -este tipo de acusaciones son corrientes donde vivo-, he callado ante ellas, pero esta vez decidí defenderme y dije a la que me insultaba: «Me da la impresión de que Jesús tendría un punto de vista diferente al de Mahoma sobre la cuestión». Esto desató una verdadera tormenta, en la que hubo de todo: me empujaron, me tiraron al suelo, insultándome, escupiéndome... con la acusación de que había hablado por boca del profeta. Has de saber que la acusación de blasfemia es uno de los más graves delitos en mi país.

Después de ser detenida, en 2010, fui condenada a la pena capital y he visto cómo las personas que me defendían han sido asesinadas por pedir mi libertad. La vida de mi marido y mis hijas se ha convertido en un largo calvario en defensa de mi liberación. A veces me he preguntado, a lo largo de los años que he pasado en la cárcel -solo en 2018 fui liberada, y sigo amenazada-, qué habría sido de mí si no hubiera dicho esas palabras. ¿No habría sido mejor para mí y mi familia? Puede que sí, pero en aquel momento sentí por dentro que tenía que confesar y manifestar mi pertenencia a mi Señor Jesús, que entregó su vida por nosotros.

CONCLUSIÓN

Ser al modo de Jesús es el deseo y el fin de todo seguidor suyo. Leyendo las Bienaventuranzas, e incluso su explicación, nos puede parecer difícil de alcanzar. Es que no se trata de conquista, sino de disponerse a dejarle al Espíritu hacer y de acoger su don.

De cualquier manera, lo que nos enseña el texto “Dichosos de nuestro mundo –personas que encarnan alguna bienaventuranza”, es que están presentes y se manifiestan en muchas personas, incluso que conocemos, y se dan en la vida ordinaria de un modo discreto, pero enormemente transformador, como es el modo de actuar de Dios.

Importa mucho aprender a reconocer estos signos de Dios en las personas, cosa que haremos mejor conforme vayan siendo realidad en nosotros mismos. Y cuando esto sea así, en otros o en nosotros, agradezcamos una y mil veces porque, entonces, seremos “bienaventurados”, es decir, “felices” desde los criterios de Dios.

Nuestro próximo comentario estará dedicado a las antítesis de Jesús, sus famosos: “habéis oído que se dijo... pero yo os digo”. Jesús va siempre al fondo de las cosas, más allá de los actos, al corazón de donde todo (el bien y el mal) procede.

Con Jesús los horizontes se abren siempre al “más”, al “infinito” de Dios.

Hasta pronto.

Carlos Rey –SDB

